

JOAN FERNANDEZ DE CASTRO MIGUEL OLMEDA

La escuela marshalliana de Cambridge: la Sra. Robinson y Sraffa *

La ingente producción científica de la Sra. Robinson contrasta marcadamente con la parquedad de la que hizo gala Piero Sraffa pero tanto en un caso como en otro, el carácter corrosivo de sus publicaciones puso de manifiesto los puntos débiles de la ortodoxia vigente.

Después de ellos nada puede ser igual. Sin embargo dada la amplitud —y profundidad— de sus críticas dirigidas contra el núcleo de las aportaciones marshallianas, se hace difícil su catalogación. Para unos han sido una explosión que ha hecho saltar toda la estructura recibida —un preludio a la crítica de la economía política—, para otros un eslabón más en el largo camino del proceso de acumulación de conocimientos.

Por lo que respecta a la microeconomía, en cualquier caso, y si como dice García Calvo la mayor fidelidad al maestro es traicionarlo, ambos constituyen los discípulos más fieles en que pudo soñar Marshall. Para la Sra. Robinson “en la enseñanza de la economía se debería desplazar de su lugar de privilegio la teoría de los precios relativos y la substituiría por la producción, la acumulación y la distribución”,¹ ya que “sólo se está vapuleando a un caballo marshalliano ya muerto”² re-

* Los autores descan dar las gracias a F. Caballero y a J. Escrivá por sus comentarios. Su responsabilidad acaba ahí.

1. Joan Robinson: “La enseñanza de la economía”. *Collected Economic Papers III*, Edición en castellano Martínez Roca, Madrid, 1975 p. 17.

2. Joan Robinson: “Preludio a una crítica de la teoría económica”. *Collected Economic Papers III*, op. cit., p. 26.

machando Sraffa "es la teoría de Marshall la que debería descartarse".³ Poco queda de la visión marshalliana de que la economía es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida.

En este artículo, homenaje a estos dos economistas recientemente desaparecidos, se analizarán las razones que han esgrimido para rechazar la microeconomía, con un espíritu de fidelidad a sus opiniones, algo más tradicional. Para ello, se estructura en dos partes; una en la que se pasa revista a los aspectos más generales de sus críticas, para dedicar la segunda, a lo que, en mi opinión, constituye su esencia: el rechazo al concepto de equilibrio.

I. EL PAPEL CENTRAL DE LOS RENDIMIENTOS

Aunque los requisitos teóricos exigidos para tratar los rendimientos son lo suficientemente restringidos,⁴ como para resultar prácticamente inalcanzables a la hora de buscar evidencia empírica sobre los mismos —especialmente la petición de ausencia de progreso técnico—, existen suficientes ejemplos y razones para creer que la presencia de rendimientos crecientes en un fenómeno general.

Todos los argumentos avanzados por A. Smith en relación con la división del trabajo resultan pertinentes aquí, ya que si se consiguen costes medios decrecientes al ampliar la escala, esto se obtendrá por una reasignación más eficiente de actividades, y no por una mera variación cuantitativa en la proporción de los procesos, o, en último término, si las economías de escala sólo se obtuvieran por una mera variación del tamaño, el empresario que busca maximizar beneficios, alteraría la plan-

3. D. H. Robertson, G.F. Shove y P. Sraffa: "Increasing Returns and the Representative Firm: a Symposium". *Economic Journal*, 1930. Cuando se dice el nombre de Sraffa, la asociación de ideas con su *Producción de mercancías por medio de mercancías*, es inmediata. Sin embargo, aquí no se considerará de una manera expresa ya que la esencia del método marshalliano es el equilibrio parcial. Por eso los escritos más directamente dirigidos a la microeconomía, y únicos que tendremos en cuenta son "Sobre las relaciones entre coste y cantidad producida", *Annali di Economia*, 1925 (versión española Universidad de Valencia) y "Las leyes de rendimiento en régimen de competencia" en G.J. Stigler y K.E. Boulding, *Ensayos sobre la teoría de los precios*. Aguilar, Madrid, 1968.

Por lo que respecta a la Sra. Robinson lo único que hay que indicar es que se excluye su *Teoría de la competencia imperfecta*, ya que ella misma en el prefacio a la segunda edición la rechazaba por irrelevante por estar todavía muy vinculada al espíritu marshalliano. Quizás, Ruth Cohen se asombraría de la paradoja de su inclusión generalizada en los manuales al uso.

4. Véase el reciente "survey" de Gold, B: "On Size, Scale and Returns: a Survey". *Journal of Economic Literature*, March 1981.

ta mientras obtuviese rendimientos crecientes o, como máximo constantes, pero nunca alcanzaría el punto en que estos se hacen decrecientes.

Por eso, es tan difícil encontrar ese elemento tan difuso que son los costes medios crecientes, y, asimismo, explica el malestar que produce el tener que incluirlos si se precisa poner un freno a priori a la expansión de una empresa, para evitar llegar al monopolio natural y preservar el concepto de competencia.

Obviamente, desde un punto de vista teórico, es irrelevante que se den en la práctica o no. Lo que postula la teoría es una variación hipotética de costes, ante alteraciones igualmente hipotéticas del tamaño de la planta, y ante ese horizonte el empresario, de acuerdo con sus expectativas, elegirá una escala determinada que será la óptima.⁵ No obstante, aún aceptando esto, sigue en pie la cuestión de que es lo que determina la aparición de rendimientos decrecientes. La respuesta convencional es el empresario o, más concretamente, los costes crecientes de dirección que se hace más ineficaz conforme aumenta el volumen de operaciones.

Pero, al apelar a un factor limitativo, el empresario provee de una explicación que es válida a corto pero no a largo plazo en la que, por definición, todos los factores son variables. La naturaleza de esta inconsistencia lógica se ve refrendada por diversos trabajos⁶ que no apoyan la idea tan generalizada de las diseconomías de dirección.

Por estas razones, y otras muchas que se podrían aducir, el tratamiento simétrico de los rendimientos dentro del mismo esquema analítico ha provocado un cierto malestar en la teoría económica. Este se hizo patente en la década de los veinte en una polémica que inició Clapham con sus "cajas vacías" y en la que intervino, entre otros, Sraffa. Su mérito fue demostrar la imperfección de la reconciliación marshalliana de los rendimientos crecientes y la competencia perfecta, basada en la noción de economías externas a la empresa pero internas a la industria.

Sin embargo, la importante cuestión de los rendimientos crecientes

5. Tampoco hay que olvidar en este contexto las críticas de Friedman en "Comment" al artículo de Smith sobre la evidencia empírica de las economías de escala en *Business Concentration and Price Policy*. NBER, Princeton, 1955, en la que justifica el porqué la inmensa mayoría de estudios implican rendimientos constantes. Sin embargo su "explicación" se basa en la presunción de un marco competitivo y la apropiación de cuasi rentas por parte del empresario, lo cual la hace defectiva.

6. Por ejemplo Williamson, O.: "Hierarchical Control and Optimum Firm Size", *Journal of Political Economy*, April, 1967. Asimismo, véase Marris, R. y Mueller, D.: "The Corporation Competition and the Invisible Hand" *Journal of Economic Literature*, March 1980.

va mucho más lejos que su mera consistencia con la competencia perfecta. Como dijo Hicks⁷ en *Valor y capital* “a menos que supongamos que . . . generalmente los costes marginales se incrementan con la producción en el punto de equilibrio . . . la base sobre la que puede construirse las leyes económicas esta cercenada”. Es decir, para la teoría económica neoclásica es fundamental que los costes marginales empiecen a crecer a partir de un cierto punto, pues si hay rendimientos constantes, por ejemplo, y el coste unitario no varía al aumentar la producción, el precio se determinaría únicamente por los gastos de producción y la demanda no influiría. Los fundamentos de la teoría del valor neoclásica se vendrían abajo.

Por todo ello, conviene incidir con un poco más de detalle en el análisis de como se llegó a incluir en una misma “ley” la hipótesis de los rendimientos no proporcionales, ya que produce igual desazón tanto la presencia de rendimientos decrecientes como la de los crecientes. La primera por los motivos apuntados anteriormente, los segundos, si van unidos a la exigencia de competencia perfecta y, como se verá más adelante, a la de equilibrio.

La célebre frase de A. Smith de que la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado, lleva implícita la idea de que la expansión, el intercambio y los rendimientos crecientes van juntos. al ser la causa de estos últimos la propia división del trabajo. Si esto es así, el propio desarrollo del mercado afectaría a la propia naturaleza de todos los procesos tecnológicos y no únicamente a cualquier tecnología en concreto.

Por dicho motivo, al no existir una relación estrecha entre la variación del coste y de la cantidad producida —al ser la causa de lo primero el propio progreso social—, la idea de los rendimientos decrecientes estaba ausente del ámbito de la producción, quedando relegados a los problemas de la distribución.

Este planteamiento queda oscurecido, en opinión de Sraffa, por el propio desarrollo de la teoría de la demanda basada en la utilidad. Ahí era evidente que esta última dependía de la cantidad consumida y la aplicación de esa idea a la teoría de la producción, llevo a hacer depender el coste de la cantidad produida y, por lo tanto, a enunciar como una “ley natural” los rendimientos no proporcionales.

Sin embargo, esta consideración conjunta de los distintos tipos de rendimientos no es afortunada. Incluso si se considera únicamente el

7. Hicks, J.: *Value and Capital*, Oxford, 1939, p. 88–89.

corto plazo, en donde para simplificar, suponemos que hay dos factores, uno fijo y otro variable —y que la demanda no varía—, la propia existencia de productividades decrecientes es consecuencia de variaciones en la proporción de los mismos y refleja únicamente lo que sucedería en el caso de que el empresario tuviera disponibilidades limitadas de los factores. En vez de seguir por el tramo decreciente de la productividad marginal en toda extensión, debería utilizar el factor fijo en la proporción suficiente para llevar la producción a la máxima productividad media del factor variable. Posteriormente, más que seguir variando la proporción debería variar la cuantía absoluta de los mismos.

La consideración del corto plazo nos da un indicio de los motivos que puede haber para que surgan rendimientos decrecientes. Estos aparecerán solamente en aquellos casos extraños en que una industria utilice la totalidad de un factor,⁸ ya que en ese caso, el incremento en la producción solo podrá hacerse por medio de variar las proporciones utilizadas de los factores pero no aumentando la cuantía de ellos.

Incidentalmente, hay que señalar que la aparición de rendimientos crecientes o decrecientes en una industria determinada, no es independiente del criterio que se utilice para caracterizar a la misma y delimitarla. Esto es consecuencia del supuesto habitual en la teoría de que la empresa produce una mercancía única, que lleva a oscurecer la distinción entre el producto de una “industria” —el conjunto de empresas que fabrican bienes similares atendiendo a sus procesos de fabricación— con lo que podría denominarse oferta a un mercado —la oferta de un grupo de mercancías que son substitutiva unas de otras—.

En general, esta distinción no constituye ningún problema y puede obviarse, pero hay otros momentos en que es crucial como, por ejemplo, determinar cuando se está ejerciendo un poder monopolístico ya que según se considere a la industria o al mercado, el resultado puede ser radicalmente distinto. Es más fácil controlar una industria que abastece a varios mercados que controlar un mercado que se nutre del producto de varias industrias.

Volviendo al tema que nos ocupa, la oferta de un producto en un mercado puede expandirse mucho más aprisa que la capacidad productiva de una industria, que siempre implicará aumentar el acervo de capital, mientras que en el primer caso bastará pasar de una línea de producción a otra. Por dicho motivo, cuanto más amplia sea la definición de una industria, en el sentido de utilización de un determinado factor de

8. O en términos agregados, pleno empleo.

producción, llegando en el límite a ser la única consumidora del mismo, más probable es que se den rendimientos decrecientes, pues el aumento de producción se enfrentará a una dotación constante del factor. Por el contrario, si restringimos la definición, fijándonos en la producción de un único bien de consumo, hasta incluir en la misma aquellas empresas que producen el mismo, más probable es que se den rendimientos crecientes o constantes ya que utilizarán una parte reducida de los inputs y siempre podrán atraerlos a dicha industria detrayéndolos de otros usos.

En resumen, si en la producción de un bien se emplea una parte considerable de un factor cuya cuantía es fija, un pequeño aumento en la producción exigirá un uso más intenso del factor y esto afectará tanto el coste del bien en cuestión como al de los otros bienes en cuya producción entra dicho factor. Esos costes crecientes sólo se podrán presentar al variar la proporción de factores; por un uso más intensivo de un input.

De esta forma, se unieron en una sola ley dos fenómenos que se debían a distintas causas; un uso más extensivo de factores —si ello es posible— conduciría a rendimientos crecientes, mientras que la intensificación del empleo de uno llevaría, finalmente, a los rendimientos decrecientes. Por eso, los costes decrecientes son la norma y no la excepción.

El problema de su admisión en la teoría estriba en que invalidan el propio concepto de competencia perfecta pues su mera presencia conduciría a un monopolio natural. Por eso, la coexistencia de ambos conceptos obligó a que en la explicación de los mismos se eliminara la parte que se debía a la mayor división interna del trabajo, posibilitada por una escala de operaciones ampliada, para dar predominio a las economías externas que se obtenían por el crecimiento de la industria y no del tamaño de operaciones de las empresas individuales.

Esta reconciliación marshalliana, sin embargo, no es satisfactoria. Como puso de manifiesto Sraffa esa “explicación” era puramente hipotética e irreal ya que no habrá que tomar en consideración las reducciones de coste debidas a las economías externas que resulten del progreso general, ya que serían incompatibles con los requisitos del equilibrio parcial. Pero, asimismo, se deben excluir las internas a la empresa, quedando únicamente aquellas economías que son internas a la industria pero externas a la empresa y en ese espacio no hay apenas nada.

Pero incluso de esta manera, desde un punto de vista teórico, ya que no práctico, la síntesis neoclásica propiciada por Marshall fue a costa de invalidar la propia esencia del método de equilibrio parcial y la

teoría del valor basada en la oferta y la demanda.

Las condiciones que debe satisfacer una curva de oferta típica, tal como las que se utilizan dentro del equilibrio parcial, son, por un lado que sea independiente no sólo de la demanda, sino de las curvas de oferta de todos los otros bienes y, por otro, que solamente se consideren pequeñas variaciones en la cantidad producida, ya que si se aleja demasiado de la posición inicial de equilibrio, esto sería incompatible con la condición “*ceteris paribus*”.

La conjunción de estas condiciones reduce el campo de aplicación de la hipótesis de costes crecientes a la oferta de un producto. Como se ha indicado, el suponer rendimientos decrecientes solamente es válido cuando, en la industria que se esté considerando se utiliza la totalidad de un factor en la producción. Cuando esto no es así y el factor limitativo se comparte con otras industrias, la expansión de una de ellas, provoca una serie de consecuencias que invalidan los supuestos del equilibrio parcial.

Puede acontecer que la expansión de la producción y la mayor necesidad de inputs se satisfaga atrayéndolos de otras industrias. Claramente, si esto sucede no hay ningún motivo para suponer que se deba incrementar los costes ni en la industria que se está considerando ni en las demás. Si, por el contrario, esta cadena no se da, deberá utilizar más intensivamente el factor incrementando el coste no sólo para ella sino también para las demás industrias. Por lo tanto, bien no hay costes decrecientes, bien se vulnera el supuesto de independencia.

En general, cuando se incrementa la demanda de un bien, y esto se hace a costa de la dirigida a otros bienes, antes de poder decir que ocurrirá con el precio de oferta del primer bien, se ha de conocer los factores que se están utilizando en las demás industrias. Y esto necesariamente exige el abandono del equilibrio parcial.

El mismo tipo de dificultades se encuentran si se consideran los rendimientos crecientes, pues también se hallarán presentes las interdependencias entre industrias, ya que las economías externas solo muy raramente se pueden atribuir en exclusiva a la expansión de una industria determinada sino que son consecuencias del progreso general. En adición, existe el obstáculo de poder expresar en condiciones estáticas las circunstancias que generan dichas economías.

Marshall, era consciente de esa última dificultad como lo demuestra el mero título del Apéndice H de sus *Principios* “Limitaciones del uso de los supuestos estáticos en relación con los rendimientos crecientes”, pero evitó los mayores inconvenientes al circunscribirse al único

caso en que inequívocamente la curva de oferta tendría pendiente positiva: cuando la demanda de un producto está creciendo de una forma sostenida.

Sin embargo, las dificultades subsisten en relación a si se pueden tratar los rendimientos crecientes en un marco estático. La cuestión radica, una vez más, si los rendimientos crecientes son una consecuencia del propio progreso social, afectando a todas las industrias o si por el contrario, se crean por otras causas. Ya se ha expuesto al principio de este apartado la opinión de los clásicos: el propio funcionamiento de las fuerzas económicas es una variable endógena al propio sistema económico y el estado de la economía de un periodo de tiempo no puede predecirse si no es como resultado de una serie de sucesos que condujeron a él. En estas circunstancias, el resultado final no se deduce únicamente a partir de los "datos" del problema,⁹ sino que el proceso es acumulativo. Es decir, difícilmente reversible. Una vez que se ha alcanzado una etapa, aunque se alteren las circunstancias, no se podría desandar el camino, ya que cada cambio en la utilización de los recursos o cada reorganización de las actividades productivas, abren nuevas oportunidades para que surgan nuevos cambios que, de otra forma no habrían aparecido.

Todo esto pone en entredicho la propia naturaleza del método estático, del equilibrio parcial e incluso hace perder nitidez a la concepción de una asignación eficiente de los recursos puesto que desaparece la distinción entre creación de recursos y asignación, como se argumentara en el siguiente apartado. Por último, si no hay motivos para postular ni rendimientos crecientes, basados en las economías externas a la empresa pero internas a la industria, ni costes crecientes, lo normal es suponer rendimientos constantes, determinándose los precios por el lado de la oferta, y vaciando de contenido significativo la teoría del valor neoclásica.

II. EL CONCEPTO DE EQUILIBRIO

El concepto de equilibrio se utiliza básicamente en economía como un instrumento metodológico. En este sentido como indicaba

9. Véase Kaldor, N: "La irrelevancia de la economía del equilibrio". *ICE*, Febrero 1975.

Machlup¹⁰, es un mero experimento mental dirigido a analizar las conexiones causales entre acontecimientos o variaciones de las variables dentro de un modelo.

Esta ficción útil se emplea con la finalidad de estructurar u ordenar el análisis. A grandes líneas, en el razonamiento económico se procede por etapas, partiendo de una situación inicial a la que se supone de equilibrio, se introduce entonces, un cambio —una perturbación—, se considera luego la serie de reacciones de ajuste y se llega de nuevo a una situación de equilibrio.

La secuencia indicada no tiene por qué acontecer en el mundo real. Su propósito es asegurarnos de que no se dejan fuera del análisis acontecimientos significativos, ayudándonos a identificar las causas. Desde esta perspectiva, una situación será de equilibrio cuando en el conjunto de variables interrelacionadas que componen un sistema no hay ninguna tendencia al cambio. En consecuencia es esencialmente estático o, si se prefiere, atemporal, lógico.

Obviamente, esta concepción considera a la economía como un sistema autorregulado; de un equilibrio inicial se llega a otro y se utiliza para estudiar las interrelaciones entre los distintos agentes de la economía. A su vez, la conducta individual se analiza a partir de la hipótesis de racionalidad por lo que el equilibrio es la expresión y resultado de una racionalidad sin trabas.

En este orden de consideraciones, la conducta racional exige una información perfecta tanto del presente como del futuro anticipado lógicamente, ya que si esto no es así se destruyen los fundamentos de la acción racional. Es decir, la acción individual, tal como la supone la teoría económica, es el resultado de una elección racional optando el sujeto por aquella alternativa que conduzca a un resultado más favorable para él. Esto exige, por un lado, que los distintos resultados posibles, de cursos de acción alternativos, difieran en sus consecuencias y, por otro lado, que las acciones que emprenda el sujeto tengan algún efecto sobre los resultados. Pero es la ponderación de las consecuencias posibles asociadas a cada acción la que conduce a seleccionar la más conveniente. Por dicho motivo, para poder evaluarlas es por lo que necesita información, que en las versiones más sencillas de la teoría se proporciona al postular un contexto de certidumbre.

Indudablemente, esto exigiría que hubiese mercados de futuros

10. Machlup, F.: "Equilibrium and Disequilibrium, Misplaced Concreteness and Disguised Politics", *Economic Journal*, March 1958.

para todos los bienes y factores y su ausencia obliga a trabajar con el concepto de equilibrio temporal, en el que los agentes han de formarse expectativas respecto a los precios —si hay competencia perfecta en la que sólo se adoptan decisiones acerca de las cantidades— que van a prevalecer en el tiempo para los bienes en los que no existan mercados de futuros¹¹.

Por eso la cuestión clave, estriba en precisar si lo que está haciendo la teoría económica es establecer relaciones reales de causalidad o meramente pseudocausales (aunque sean lógicamente consistentes), al haber adoptado la idea de equilibrio como método, en el sentido apuntado por Machlup. Es decir, por la propia secuencia apuntada anteriormente, es legítimo suponer que el funcionamiento de las fuerzas económicas está restringido por una serie de variables exógenas que están “dadas” desde fuera y son estables en el tiempo. Ese entorno está dado en un sentido distinto del de ser una herencia del pasado y el resultado es que el análisis queda circunscrito a un mundo históricamente intertemporal ya que el tiempo histórico presupone ignorancia y en consecuencia es ajeno a la lógica. Solamente se pueden hacer conjeturas y por eso, el propio concepto de equilibrio aún cuando sea temporal, estará en función de un tiempo que necesariamente será lógico y no cronológico.¹²

Obviamente, en el extremo opuesto a esta concepción se encuentra la señalada al final del apartado anterior, en la que se indicaba que la única manera de comprender adecuadamente cualquier situación en un momento del tiempo era por medio de comprender toda la cadena de acontecimientos que condujeron a él. En tal caso, es necesario abandonar el método estático —o de estática comparativa en el mejor de los casos— para adoptar uno dinámico basado en el reconocimiento de que el tiempo en economía es histórico.

11. Los intentos para solucionar la ausencia de mercados futuros son diversas. Uno, por ejemplo, es el supuesto de expectativas racionales. En último término, éstas postulan que los precios previstos por los agentes en equilibrio temporal son aquellos que hacen coincidir este con el equilibrio intertemporal, que tendría lugar si existiesen mercados futuros para todos los bienes. Si las expectativas son de esta manera, no habría problemas especiales para compatibilizar los equilibrios a corto y a largo plazo o, si se prefiere, no habría divergencias entre las variables nominales y reales.

12. El continuo cambio económico sólo puede concebirse en ese contexto como alguna clase de equilibrio móvil a través del supuesto de una tasa temporal de crecimiento autónoma —e inexplicada— de las variables exógenas de una forma que sea compatible con el equilibrio continuo, tal como el Harrod neutral. Además, los propios requisitos del crecimiento “steady-state” hacen que sea todo el sistema el que cambia dejando inalteradas las proporciones y relaciones que existen entre las variables.

Sin embargo, antes de entrar a discutir los pros y contras de ambas concepciones, no hay que olvidar que dentro de la economía neoclásica se encuentra presente otra visión de lo que significa el equilibrio ligada a la escuela austríaca. En el año 1935, Hayek señalaba que el equilibrio se caracterizaba por la consistencia de los planes individuales en un cierto horizonte temporal que, en cierta forma es equivalente a otras definiciones más modernas dentro de la misma línea: “una economía está en equilibrio cuando genera mensajes que no obligan a los individuos a cambiar las teorías que tengan o las políticas que persiguen”.^{13 14}

Pero tampoco hay una separación radical con la definición de equilibrio como una ausencia de cambios. Si los parámetros del modelo no se alteran o no se modifican las variables exógenas, los planes de los individuos no se verán perturbados y, en un cierto grado, se habrá alcanzado un equilibrio de fuerzas. Sin embargo, no se puede llevar muy lejos esta equiparación ya que lo contrario no es enteramente cierto. El equilibrio entendido como una conducta invariante implica una consistencia de planes óptima, pero en la medida que estos cambian en respuesta a distintas valoraciones —lo cual aconteciera en un mundo que está cambiando continuamente— nos alterará la conducta.¹⁵

En este mismo orden de cosas, la distinción efectuada es muy semejante a la que hace Hicks¹⁶ entre equilibrio en un punto del tiempo— si los individuos alcanzan una posición preferida en relación con sus expectativas —y equilibrio a lo largo de un período de tiempo— donde las expectativas deben ser consistentes entre sí y con lo que efectivamente ocurre dentro del período. Para que exista este último se requiere que se de el primero tanto ex ante como ex post. Si no es así, y por ejemplo, las expectativas que se mantienen en un momento del tiempo son distintas que las que se tenían en un período anterior, estados que a

13. Hahn, F.: *On the Notion of Equilibrium in Economics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1973, pág. 25.

14. Es en cierta forma, ya que la propia comparación de ambas definiciones evidencia que la del Prof. Hahn, no exige una perfecta compatibilidad de todas las acciones sino, más bien, que no se de una incompatibilidad sistemática entre las mismas que obligue a los individuos a revisar sus conductas. El comportamiento de equilibrio se ve sustituido por la regularidad del comportamiento, que sólo se podrá postular para períodos muy cortos y ante perturbaciones lo suficientemente pequeñas. Por otra parte, esta posición hace imposible defender cualquier argumento de estabilidad global.

15. Véase Lachman, L: “From Mises to Shackle: An Essay”, *Journal of Economic Literature*, March 1976.

16. Hicks, J.R.: *Capital y Crecimiento*, Bosch, Barcelona 1967, pág. 40 y ss.

priori parecerían en equilibrio, se evidencian que no lo son. De ahí la necesidad de esa doble restricción.

En este contexto, por ejemplo, si suponemos que todos los individuos conocen los precios y recursos de los mercados en los que están presentes —o pueden estar potencialmente en el futuro—, se alcanzaría un equilibrio simultáneo en todos los mercados ya que no podría haber intercambios a precios falsos. Esto que está en consonancia con la definición de equilibrio estático, motiva que además sea, necesariamente un equilibrio a lo largo del tiempo y, al fin y al cabo, intertemporal.

El problema aparece, cuando para evitar la hipótesis de mercados de futuros completos¹⁷ se introducen las expectativas en el análisis, y se prefiera considerar únicamente el equilibrio temporal a corto plazo, en vez del intertemporal. En primer plano de la escena, estará el cómo se forman las expectativas —ya que esto puede alterar la conducta individual—, y/o determinar cual es la cuantía de información que se precisa.¹⁸

A este respecto, si las expectativas a corto plazo defraudadas, no influyen en las que se mantienen a largo, el equilibrio será estacionario. Sin embargo, si se modifican, porque hay una relación entre ellas, habrá un proceso de reajuste, abriéndose un período de desequilibrio, que si conduce a un nuevo punto de equilibrio será necesariamente móvil al surgir de la readaptación de conductas de todos los participantes en el mercado.

Por ello, incluso si existe un equilibrio queda todavía por demostrar que hay una tendencia hacia él y, si se acepta esto último, “carecemos todavía de una base suficiente para justificar el supuesto de equilibrio, si la convergencia hacia él tiene lugar muy lentamente.”¹⁹

Sin embargo, este sistema basado en expectativas plantea dos deficiencias adicionales como señala Garegnani,²⁰ que justifican y ensombrecen aún más el pesimismo del profesor Hicks. En primer lugar, si se acepta que hay un equilibrio a largo plazo —los precios naturales de A. Smith en torno a los cuales gravitan los de mercado— las fuerzas que

17. No es el momento de considerar aquí la teoría del equilibrio general intertemporal basada en mercados de futuros completos, tal como hizo Debreu, G.: *Theory of Value*, New Haven, Londres, 1959 y ss.

18. Los procesos y coste de información, los costes de transacción, las expectativas y la incertidumbre deberán incluirse explícitamente en la noción de equilibrio.

19. Hicks, J.R.: *Capital y Crecimiento*, op. cit. pág. 35.

20. Garegnani, P.: “Sobre un cambio en la noción de equilibrio en los recientes trabajos sobre valor y distribución”. *Cuadernos Económicos del ICE*.

lo gobiernan no tienen la persistencia necesaria para distinguirlas de otras fuerzas accidentales que, en todo momento, mantendrán a la economía fuera del equilibrio a corto plazo. "Así, antes de que la recurrencia de los flujos de demanda y oferta haya sido suficiente para corregir o compensar las desviaciones accidentales previas, la propia posición del equilibrio habrá cambiado considerablemente y entonces el equilibrio puede proporcionar escasa información sobre el comportamiento de la economía".²¹

En segundo lugar, la introducción de expectativas como variables independientes corre el riesgo de apartar a la teoría de cualquier resultado definitivo. Dicho método va deviniendo menos seguro conforme se utiliza para analizar, no tanto el impacto de las perturbaciones, sino sus efectos posteriores ya que los cambios en un periodo influirán las expectativas que se mantengan al final del mismo y, por lo tanto, no tiene sentido decir cuales serán las influencias. Cuanto más consideremos el futuro mayor es esta fuente de error y, existe el peligro, cuando es aplicado a largo plazo, de que todo el método vaya gradualmente resultando inútil.²²

El círculo se ha cerrado. En el enfoque neoclásico la consideración del equilibrio a largo plazo se ha visto desplazado por el análisis del equilibrio temporal a corto aplicando un concepto de equilibrio "que intenta manejar el presente haciendo abstracción de que conocemos muy poco sobre el futuro".²³ Sin embargo, no se puede juzgar el equilibrio en función de su realismo sino por su utilidad. Carece de relevancia, en este sentido, si el mundo real se caracteriza por él o si siquiera se aproxima. Lo único que importa es que un instrumental potente ya que nos permite aislar un factor, cambiarlo y estudiar los efectos de dicho cambio a través del modelo que se está utilizando. En suma, es un instrumento imprescindible para el análisis ya que sería prácticamente imposible estudiar las complejidades del mundo si no se hace previamente, abstracción del cambio.

Ahora bien, después de todo lo anterior y en correspondencia a la distinción efectuada al principio entre tiempo lógico y tiempo histórico, existirán, por lo tanto, dos tipos de análisis en economía. Por un lado,

21. Garegnani, P.: "Sobre. . .", op. cit. pág. 17.

22. Véase Hicks, J.R.: Mr. Keynes "theory of employment". *Economic Journal*, 46. (Jun. 1936). Citado por Garegnani en el artículo de la nota anterior.

23. Keynes, J.M.: "The general theory of employment". Citado por Joan Robinson en "La historia contradice el equilibrio", en *Contribución a la teoría económica moderna*. Siglo XXI, 1979, pág. 166.

aquel que plantea un modelo cerrado en el cual las relaciones dentro del mismo están limitadas por una serie de variables "exógenas" que se suponen estables en el tiempo. Por otro, aquel que considera un conjunto de valores en un momento dado, no siempre en equilibrio, e indica la manera en que se supone que se ejercen sus acciones recíprocas.

El primer tipo de análisis se centra en un tipo de relaciones que son propias de un estado de la economía estacionario, no existiendo, en realidad, sentido de causalidad; consistiendo en un conjunto de ecuaciones simultáneas que al cambiar uno de sus elementos obliga a revisar los valores de los demás al estar vinculados entre sí.

Este equilibrio simultáneo puede inducir a error sino se tiene siempre presente las características anteriores. Así, por ejemplo, cuando la ocupación de la fuerza de trabajo disminuye esto llevará a unos salarios reales mayores, pero no se puede deducir que un incremento en estos últimos disminuirá el empleo. Este, y otros ejemplos adicionales que se podrían aducir, en el fondo reflejan el hecho de que con este tipo de modelos no se pueden hacer comparaciones entre dos posiciones de equilibrio, en el tiempo.

Quizá la forma más sintética de enunciar esta idea se deba al siguiente párrafo de la Sra. Robinson,²⁴ que aunque un poco largo, expresa fielmente su pensamiento "Imaginemos que hacemos una comparación entre dos posiciones de equilibrio, con idéntica fuerza de trabajo: una con un producto neto mayor que la otra. De aquí no se sigue que esta tenga "más capital" o un periodo promedio de producción más largo que la primera. Si la comparación la hacemos suponiendo que ambas tienen una tasa de interés común, no hay ninguna seguridad de que la que tiene un mayor producto tenga un valor de capital mayor. Simplemente son dos posiciones de equilibrio con técnicas diferentes, cada una con un acervo de medios de producción apropiado para su propia técnica y cada una con su propia historia, que las ha llevado a la posición del momento".

Por otra parte, dicho párrafo, expresa, en mi opinión, la esencia del pensamiento de la Sra. Robinson: la negación drástica de la relevancia de la teoría del equilibrio para analizar el comportamiento de la economía. Es decir, la imposibilidad de estudiar cambios a partir de comparaciones entre puntos de "equilibrio", siendo lo importante el análisis del proceso.

24. Robinson, Joan: *La historia contradice...*, op. cit. pág. 167.

Sin embargo, para ser fieles con su método, lo anterior hay que matizarlo convenientemente. Lo que se rechaza es la tendencia hacia el equilibrio, pero no así el propio concepto cuando se encuentran presentes circunstancias muy especiales: el cumplimiento de expectativas. Tal como lo expresa la propia Sra. Robinson²⁵ “Nunca hablen de un sistema “en vías” de equilibrio, pues el equilibrio carece de sentido, a menos que uno ya esté situado en él. Pero consideren un sistema que esté en equilibrio y haya estado así desde tiempos de Adán. . . de modo que todas las expectativas “ex ante” que respecto al presente se tuvieron en el pasado se están cumpliendo en la actualidad. Y la expectativa “ex ante” actual es que el futuro será igual que el pasado. Entonces todo cuadra”.

Nos volvemos a encontrar en un equilibrio estacionario. Este es el único estado de la economía en el que se puede hacer abstracción del tiempo, entrando en un equilibrio intertemporal.²⁶

Fuera de este estado, la falta de un tratamiento del tiempo histórico comprensible hace que el aparato teórico ofrecido por los textos neoclásicos de microeconomía sea estéril para tratar todos los problemas en los que se requiere fechar las variables. Así, por ejemplo, la utilización de los conocidos diagramas de la oferta y demanda para analizar el equilibrio es irrelevante por emplear una metáfora basada en el espacio para explicar un proceso que tiene lugar en el tiempo. En el espacio siempre es posible el volver hacia atrás, pero el tiempo se caracteriza por su irreversibilidad: “la distancia entre hoy y ayer es de 24 ho-

25. Robinson, Joan: “Disertación en Oxford por un economista de Cambridge”, en *Contribuciones a la teoría económica moderna*, op. cit. pág. 177.

26. Por otra parte, solamente en este estado es posible la medición de la cantidad de capital. La demanda de bienes de capital depende de sus cuasi-rentas futuras mientras que el precio de oferta es función del coste de producción pasado. Por la propia naturaleza esa demanda es ex ante mientras que el coste de producción es ex post. En equilibrio los bienes de capital se venden hoy a un precio que es, al mismo tiempo, su precio de demanda, basado en consideraciones ex ante, y al precio de oferta fundamentado en unos costos ex post.

Si el capital fuese maleable, ese propio concepto de equilibrio sería irrelevante ya que no hay ningún papel para las expectativas y el equilibrio se restablece inmediatamente después de cualquier cambio (véase la introducción a su *Collected Economic Papers II*, edición en castellano Martínez Roca). Asimismo, en “La historia contradice al equilibrio” Op. cit., pág. 161”, por lo que respecta a la acumulación, la “pasta” es una manera de eliminar las diferencias entre el futuro y el pasado”.

Por todo esto, el problema de la medición del capital es un aspecto secundario en las críticas al pensamiento neoclásico. La cuestión principal es su error en la metodología al confundir comparaciones de posiciones de equilibrio imaginadas y un proceso de acumulación que es histórico por naturaleza.

ras cuando avanzamos y de toda la eternidad cuando se trata de retroceder".²⁷

Y esto es lo que motiva a la Sra. Robinson a rechazar los modelos basados en tiempo lógico para adscribirse a la necesidad de considerar el tiempo histórico.

Esto lleva de forma natural al segundo tipo de razonamiento existente en economía que se enunció páginas atrás. Para sus partidarios, para que un modelo sea aplicable a los hechos históricos tiene que ser capaz de salir del estado de equilibrio —entendido en el sentido de reposo de fuerzas—. Dejando aparte las dificultades de la elaboración de este tipo de modelos, ya que se deberían especificar, entre otras, tanto las reacciones de comportamiento de los sujetos como el estado de las expectativas, no cabe ninguna duda que deberían cumplir, como mínimo, dos requisitos básicos. Por un lado, el acentuar el carácter irreversible de los cambios, que les lleva a la necesidad de dinamizar la teoría, por otro, la necesidad de acomodarlos a cualquier situación particular en una determinada fecha del tiempo histórico para observar los resultados posteriores.

Indudablemente, resulta más fácil el criticar una teoría que elaborar una alternativa que, explicando todos los hechos que hacia la antigua, sea capaz de resolver satisfactoriamente nuevos "puzzles".

Por dicho motivo, más que intentar seguir por esta línea de análisis, me interesa resaltar un aspecto que no siempre se ha tenido presente en las exposiciones de la teoría neoclásica. Este aspecto hace referencia a que si consideramos el equilibrio como un concepto puramente estático, eliminamos el principal papel del mercado ya que éste sólo actúa convenientemente en situaciones de desequilibrio. Al mismo tiempo, pierde significado lo que se entiende por "eficiencia".

El mercado es un mecanismo de transmisión de información reflejando cambios continuos en la cuantía del conocimiento. En él, una falta de coordinación de planes implica la existencia de oportunidades inexploradas que incentivarán el efectuar intercambios mutuamente beneficiosos para las partes implicadas. El propio proceso de coordinación que se lleva a cabo en el mercado, es un intento de realizar en la práctica tales ventajas.

En este marco, decir que está en equilibrio, dadas las restricciones, es equivalente a afirmar que dicha situación es óptima. Ningún individuo buscará mejorar su posición por medio de alterar su conducta y,

27. Robinson, Joan: "Disertación en Oxford. . .", op. cit., pág. 173.

en ausencia de cambios exógenos la puede continuar indefinidamente.

En tal caso es difícil describir cualquier situación como ineficiente, ya que si fuera económicamente posible hacer las cosas de manera distinta, los sujetos maximizadores lo harían sin ninguna duda. En consecuencia, cuando se define una situación como ineficiente esto sólo refleja el fracaso del economista de ponderar convenientemente todos los costes y beneficios implicados. En el límite todos los comportamientos serían eficientes con independencia de lo que hagan, cayendo en una tautología. Por ello, el énfasis debería situarse en los costes de coordinación y negociación dejando atrás los modelos de información gratuita y perfecta. De no hacerse así, la noción de una asignación "óptima" de recursos —cuando cada uno hace tan grande o mayor contribución al volumen de producción en su uso actual como en cualquier otro empleo alternativo— deja de tener validez como esquema analítico. Siempre se está en un óptimo. En adición, si efectivamente lo correcto es el considerar el tiempo histórico, en vez del lógico, la propia idea se convierte en contradictoria. El modelo de asignación de recursos en cualquier momento del tiempo no puede ser más que una etapa adicional en una serie interminable, por lo que la distinción entre creación y asignación de recursos pierde su validez.